

América Latina y la globalización: Un ensayo histórico

HUGO FAZIO VENGOA

Profesor Titular del Departamento del Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales de la Universidad Nacional de Colombia y de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de los Andes.

RESUMEN

El artículo plantea la dificultad para analizar la globalización en América Latina. Destaca la posibilidad de centrarse a estudiar la compenetración de la región con la globalización, igualmente, la forma en que debe ser estudiado el proceso partiendo de la situación y perspectiva que tenga el investigador, es decir, «No es lo mismo imaginar, razonar y opinar de la globalización cuando uno vive en Washington, París, Tokio, ..., Bogotá o Santiago de Chile». Así mismo, el autor considera que es pertinente fijar algunos parámetros que permitan clarificar qué se entiende por América Latina en los actuales momentos, ya que, a su juicio, « cómo objeto y sujeto de la globalización se ha tornado un ser cambiante». Estos tres aspectos son desarrollados, haciendo énfasis, en que un análisis serio del proceso de globalización permitiría comprender qué papel y cuáles son las perspectivas de América Latina.

PALABRAS CLAVE : globalización, América Latina, cultura, economía mundial, flujos de capitales, desarrollo y crecimiento.

ABSTRACT

The article deals with the difficulty to analyze Latin American Globalization. It shows the possibility to study the region role vs. Globalization. At the same time it is important to understand the different points of view on globalization subjects, that is, "it is not the same to state a point on globalization if you live in Washington, Tokyo, Paris, Bogota or Santiago de Chile."

In like manner, the author considers it important to state some parameters in order to clarify to what is conceived of Latin America nowadays, because as he thinks "how the subject and object of globalization has turned into a changing being.." These three aspects are exposed, making emphasis on the fact that a sound analysis on the globalization process will allow understanding the role and perspectives of Latin America.

KEY WORDS: GLOBALIZATION, LATIN AMERICA, CULTURE, WORLD ECONOMY, CAPITAL FLOWS, DEVELOPMENT AND GROWTH.

INTRODUCCIÓN

Escribir sobre la globalización en América Latina no es una tarea fácil. De entrada plantea tres problemas. El primero alude a la necesidad de explicar el enfoque a utilizar para dar cuenta de la compenetración de la región con la globalización. Este asunto es tanto más importante si tenemos en cuenta que para suministrar un marco de análisis del problema, debemos intentar exponer una lectura de la globalización de carácter analítico y desistir de las usuales aproximaciones altamente ideologizadas de la misma, tanto las que han salido de la pluma de sus epígonos como de sus detractores. Los primeros son aquellos que destacan que la única alternativa que queda en el mundo consiste en la liberalización plena de todos los mercados y la plena integración a ellos. Y los segundos son los que identifican globalización con “marginación y exclusión”¹. Como tendremos ocasión de analizarlo más adelante, la globalización es un proceso que produce oportunidades y desafíos de naturaleza tan variable, que su impacto es diferenciado.

El segundo problema guarda relación con el discernimiento de cuál es el adecuado nivel de aproximación al problema en sí. No es lo mismo analizar la región desde lo propiamente global que desde la localizada región. No es lo mismo imaginar, razonar y opinar de la globalización cuando uno vive en Washington, París, Tokio, Moscú, Praga, El Cairo, Luanda, Nueva Delhi, Bogotá o Santiago de Chile. Demás está decir que esto no obedece a que enfrentemos una contrariedad de tipo geográfico o a que las diferencias entre el Norte, el Este y el Sur sean todavía profundas, lo cual, por cierto, sigue siendo una gran verdad. Circuitos globalizados existen en todos estos puntos geográficos y, es más, en muchos de

1 Véase, Gabriel Misas Arango, *La ruptura de los 90. Del gradualismo al colapso*, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, 2002.

ellos más de alguno puede llegar a compartir estilos de vida que pueden hacerlo sentir como si estuviera en casa. Pero, el problema radica en que, en la actualidad, cada cultura, por no decir cada individuo, tiende a establecer una forma específica de apropiación de la globalización, de lo cual se desprende también la variedad significados que el fenómeno porta.

El tercero consiste en que tenemos que establecer ciertos parámetros que nos den luces sobre qué se debe entender por América Latina en la actualidad, tema espinoso y difícil, pero urgente al mismo tiempo, porque como objeto y sujeto de la globalización, la región se ha tornado un ser cambiante.

Con respecto al primero, una de las mayores dificultades que cualquier persona encuentra al momento de abordar el análisis de la globalización consiste en que ninguna breve explicación recubre la amplia gama de contenidos reales, discursivos, imaginarios y simbólicos que el fenómeno comporta. Esto nos conduce indefectiblemente a tener que entregar una explicación de qué entenderemos por globalización a lo largo de este trabajo. El desafío es inmenso porque cada vez gana mayor número de adeptos la idea de que la globalización no es reducible a una dimensión en particular, pues constituye un proceso que abarca indistintamente las dimensiones económicas, políticas, sociales, culturales, imaginarias y discursivas propias de la sociedad moderna. Como señala Octavio Ianni, “hoy más que nunca lo singular y lo universal se realizan como historia”².

El problema en este plano es tanto más complejo puesto que si existen diferentes manifestaciones de la globalización éstas no las podemos simplemente sobreponer las unas a las otras, por cuanto cada una de ellas tiene un alcance diferenciado, opera y se expresa de acuerdo con lógicas específicas y tiene coberturas, ritmos e intensidades que le son particulares, que no siempre corresponden con la densidad y la temporalidad de las otras. Esto invalida cualquier intento de tratar entonces de entender la globalización como una simple colección o sumatoria de todas partes que, en su agregación, nos permitiría aprehender el sentido global del fenómeno en su acepción más general y profunda. Como señala Zigmunt Bauman³, el mayor problema que se enfrenta cuando se analiza este problema es cómo integrar esta polifonía de términos, en la medida en que cada uno encierra significados muy concretos. La cuestión, en el fondo, consiste en cómo integrarlos en un marco interpretativo determinado, evitando, eso sí, caer en la tentación de pretender involucrar tantos elementos que finalmente la globalización se convierta en un término opaco. Este problema es tanto más urgente cuando tenemos en cuenta que como la globalización nos ha puesto frente a un problema de por sí abstracto y muy complejo, que rompió buena parte de las perspectivas que habían hecho escuela en el concierto de las ciencias sociales: durante largo tiempo hubo que recurrir a metáforas («aldea global», etc.), para tratar de evocar una sensación cuando no se lograba arrojar luces sobre su persistentemente incierto significado.

2 Octavio Ianni, *La sociedad global*, México, Siglo XXI, (1998, 30).

3 Zigmunt Bauman, *La globalización. Consecuencias humanas*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 1999.

Si cuando se habla de la globalización es menester clarificar cuál es el sentido que se le asigna al fenómeno, también se debe abordar la cuestión referida al nivel de análisis. En este plano nos enfrentamos al siguiente dilema: una es la lectura que se puede hacer de la globalización cuando se acomete como una cuestión eminentemente planetaria, pero otra es la aproximación que se deriva cuando intentamos aterrizar la globalización en experiencias concretas. La lectura tampoco es la misma cuando el analista se ubica y trata de percibir la globalización desde uno de los centros actuales de poder o cuando asume el tratamiento de uno de los tópicos centrales de la globalización que, cuando se realiza el análisis desde un lugar que no hace parte de los centros neurálgicos de la misma.

La globalización no sólo incide de manera distinta en unos y otros campos en que interviene, sino que también induce a un privilegiamiento de variables que tienen sentidos diferenciados. Al respecto, muy pertinentes son las palabras de Néstor García Canclini, cuando precisa que «sólo una franja de políticos, financistas y académicos piensa en todo el mundo, en una globalización *circular*, y ni siquiera son mayoría en sus campos profesionales. El resto imagina globalizaciones *tangenciales*. La amplitud o estrechez de los imaginarios sobre la globalización muestra las desigualdades de acceso a lo que suele llamarse economía y cultura globales»⁴. Estos significados diferenciados son el producto de que la globalización no obstante ser un fenómeno, o mejor dicho, un proceso mundial, planetario, global que involucra en distintos grados a todos los habitantes del planeta

Tierra, porta, una densidad, un espesor, un ritmo y alcanza una cobertura especial que se expresa de modo diferente en los distintos confines del globo. Esto significa que las diferentes regiones se adaptan de manera diferenciada a estas tendencias y que este fenómeno no se expresa en todas las latitudes de la misma forma, ni con idéntica intensidad.

Si, en general, los dos problemas referidos con anterioridad son lo bastante complejos como para que nos enredemos en una serie de disquisiciones sobre la globalización, más complicado se torna este asunto cuando observamos que América Latina es un objeto mutable no identificado. Puede resultar más o menos fácil establecer el sentido de la globalización en una perspectiva global, fenómeno que podemos sintetizar en la idea de que la globalización representa un proceso que ha dado lugar a la constitución de espacialidades temporalizadas, entendidas como redes de interpenetración (globalización intensiva) que pueden ser económicas, sociales, políticas, discursivas y/o culturales, que trascienden las fronteras reales o imaginarias, por cuanto ya no se encuentran apegadas a una territorialidad dada y dan lugar a la aparición de circuitos de comunicación, intercambio e interdependencia entre distintos colectivos humanos e individuos, los cuales quedan situados en dimensiones temporales compartidas inherentes a estas espacialidades⁵.

También puede resultar más o menos fácil discernir el sentido del fenómeno cuando se llevan a cabo estudios de casos sobre las particularidades que la globali-

4 Néstor García Canclini, *La globalización imaginada*, Barcelona, Paidós, (1999, 12).

5 Hugo Fazio Vengoa, *El mundo frente a la globalización. Diferentes maneras de asumirla*, Bogotá, Alfaomega, Cesu-Uniandes, (IEPRI: 2002, XI).

zación comporta en experiencias concretas⁶, de los cuales se infiere una amplia pluralidad de manifestaciones que asume el fenómeno dado que la globalización pone en evidencia un mundo inter-conectado en dimensiones, múltiples, ambivalentes, discontinuas y heterogéneas. También se dispone de experiencias investigativas que han suministrado información y marcos de análisis sobre la manera como se expresa este fenómeno en la experiencia de países de la región en particular, estudios que han permitido identificar las transformaciones sociales, políticas y culturales que han acompañado el establecimiento de aquellos modelos que propenden por una mayor interpenetración con lo externo.

Pero cuando nos referimos a América Latina inmediatamente surge un conjunto de problemas. El primero se refiere a qué se entiende por América Latina. A diferencia de los casos específicos nacionales, el caso latinoamericano se vuelve complejo, dada la gran heterogeneidad de países que hacen parte de este subcontinente. Generalmente se habla de la región como un conjunto dado puesto que en términos históricos y culturales América Latina es relativamente homogénea. También es bastante uniforme en términos de las relaciones externas, dado el peso que en los distintos momentos históricos han desempeñado las grandes potencias coloniales y/o imperiales.

Sin embargo, cuando nos adentramos en una interpretación que se proponga ir

más allá de estos presupuestos, observamos que en lo económico, demográfico, cultural y territorial, América Latina muestra su rostro heterogéneo, lo que plantea serias dudas sobre la posibilidad de referirse a la región como un conjunto. “La noción misma de América Latina sigue siendo una abstracción e incluso es posible reflexionar críticamente acerca de su validez. Ahora más que antes, vemos un ensanchamiento de la distancia que separa a sus países y en el siglo XX concluye con una impresionante heterogeneidad productiva y social”⁷.

Desde otro ángulo, este conjunto de países dispone de elementos comunes, sobre todo a raíz de la experiencia colonial compartida y de legados que dejaron las potencias colonialistas en lo que se refiere a la lengua, la religión, formas particulares de interpenetración social y los pilares institucionales de un “modelo” colonial de desarrollo. Sin embargo, los casi dos siglos que separan a la mayor parte de estos países del momento en que se produjo la independencia, han conducido a una gran proliferación y diferenciación de experiencias nacionales, lo que torna difícil acometer síntesis que puedan ser más o menos válidas para el conjunto de países.

Subsisten, sin embargo, dos elementos que justifican el análisis general: no obstante las diferencias en los procesos históricos se puede hablar de América Latina, en la medida en que ha sido característico en la evolución de todos estos países, el transcurrir por fases y tendencias que han sido comunes

6 Carmen Bueno Castellanos, *Globalización: una cuestión antropológica*, México, Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social, 2000.

7 Luis Maira, “América Latina en el último tercio del siglo XX: proyectos políticos e inserción internacional” en Francisco Rojas Aravena, Editor, *Multilateralismo. Perspectivas latinoamericanas*, Caracas, Flacso-Chile y Nueva Sociedad, (2000, 97).

a sus unidades integrantes, así como a la región en su conjunto. El otro elemento consiste en que, sin perjuicio de los doscientos años de existencia como naciones independientes, todos estos países siguen siendo sociedades en desarrollo y ninguno de ellos ha logrado acometer una adecuada interpenetración entre la experiencia nacional y la consolidación de las tendencias globalizantes.

¿Qué explica este relativo fracaso? Varias teorías se han esgrimido para intentar responder este interrogante. Ya en el siglo XIX, sobre todo entre los intelectuales que se inspiraban en las experiencias europeas, se argumentaba que el atraso de América Latina obedecía a la matriz estructural e institucional legada por la época colonial, la cual se había convertido en un obstáculo que obstruía el desarrollo. Este tipo de lecturas prontamente se agotó porque los cambios que se acometieron durante el siglo XIX en las formas institucionales, significaron una ruptura más o menos radical con la matriz colonial. Estas transformaciones, sin embargo, tampoco dieron lugar a un desarrollo que aproximara a estos países a los estándares europeos.

A inicios del siglo XX, alta popularidad alcanzaron las tesis raciales, las cuales pretendían explicar el atraso en razón de la inferioridad racial de la mayor parte de estos países. Estas tesis, tempranamente desacreditadas, que sirvieron para justificar la migración de europeos hacia la región, se mostraron completamente insuficientes, porque no se ajustaban a la experiencia histórica del continente en condiciones de que países con un alto componente de población blanca, como Argentina y Uruguay, tampoco alcanzaron el *status* de nación desarrollada.

Posteriormente tuvo una importante acogida la teoría de la dependencia, la cual ponía énfasis en las desiguales relaciones de intercambio entre el centro (los países desarrollados) y la periferia (América Latina), como marco explicativo fundamental para explicar el atraso de la región. A la larga, pese a su buena recepción en numerosos círculos intelectuales, tampoco resultó ser muy útil a la hora de explicar el mal desempeño de los países de la región. No obstante el hecho de que numerosos fueron los casos de intromisión de las potencias extranjeras en la realidad latinoamericana y la gran desigualdad en los términos de intercambio, la teoría de la dependencia no lograba explicar por qué algunos países, que en determinados momentos llegaron a ser bastante exitosos, después cayeron en la desgracia. Posteriormente, el desarrollo de los países del sudeste asiático contribuyó a desvirtuar elementos sustanciales de esta tesis, por cuanto demostró que cuando se diseñan adecuadas políticas nacionales de inserción externa, determinadas naciones en desarrollo pueden alcanzar elevadas tasas de crecimiento, modernizar su plataforma industrial, acercarse a los estándares de las naciones desarrolladas y crear un adecuado marco de compenetración con lo global.

Tampoco han corrido con mejor suerte las explicaciones ortodoxas de finales del siglo XX, las cuales han puesto un desmedido énfasis en la integración de los países latinoamericanos en la economía mundial, como principio a partir del cual se podría poner en marcha un adecuado esquema de desarrollo. En esa perspectiva se inscriben las tesis que han intentado interpretar el atraso como resultado del excesivo estatismo, la falta de estímulos para el desarrollo de la iniciativa privada, las

innumerables regulaciones que han pesado sobre el mercado interno y las trabas a la interpenetración con el mercado internacional. Estas tesis olvidan muy fácilmente que el liberalismo fue una concepción hegemónica en el continente durante la segunda mitad del siglo XIX, con base en ella se intentó poner en marcha un modelo de desarrollo basado en las exportaciones y en las facilidades para la inversión extranjera, y que ese esquema resultó igualmente fallido. Además, no podemos olvidar que la experiencia histórica de la región en estos casi dos siglos ha demostrado que algunos países centroamericanos han perseverado en la mantención de modelos muy abiertos y, sin embargo, se encuentran entre las naciones más pobres del continente, mientras que otros han desarrollado importantes pilares de una sociedad moderna precisamente con base en la puesta en marcha de estrategias de favorecimiento de un desarrollo económico nacional.

Además, este tipo de explicaciones olvida que el liberalismo de finales del siglo XIX y el del último tramo del XX difieren en aspectos fundamentales. El primero disponía de condiciones para acentuar la integración económica de los países latinoamericanos en la economía mundial, ya que los patrones de exportación de los países de la región se adecuaban con la matriz del comercio mundial. A finales del siglo XX, por el contrario, la conservación de un esquema que persiste en la colocación de productos con un bajo valor agregado se produce en un contexto en el cual la demanda de estos productos es escasa. En

este sentido, el primero fue un modelo viable, pero el segundo no lo es.

No obstante las insuficiencias explicativas de estas interpretaciones, las dificultades para interpretar la correlación entre América Latina y la globalización no se detienen aquí. Cuando nos referimos a una región territorialmente delimitada del globo terrestre, nos enfrentamos al problema de que la globalización intensa ha conducido a la constitución de espacialidades temporalizadas, disociadas con respecto al territorio. En efecto, existen muchas dimensiones de la globalización que ocurren por fuera de los marcos referenciales del territorio que ocupa América Latina. Como señala Néstor García Canclini, “la condición actual de América Latina desborda su territorio”⁸. A título indicativo se puede señalar que, en efecto, son millones los latinoamericanos que viven por fuera de la región y que muchos de ellos tienen un futuro que se interrelaciona con el porvenir del continente. Sólo en Estados Unidos se calcula que el número de latinoamericanos asciende a aproximadamente 35 millones de personas, es decir, el 13% de la población estadounidense, porcentaje igualmente elevado de la población latinoamericana. Para algunos países, el número de nacionales que vive fuera de su territorio representa un elevado tanto por ciento de la población. Los inmigrantes mexicanos en Estados Unidos constituyen el 7% de su población, los cubanos y dominicanos se acercan al 8% y los salvadoreños superan el 10%.

Esta acentuada presencia de latinoamericanos en el exterior también debe

8 Néstor García Canclini, *Latinoamericanos buscando lugar en este siglo*, Buenos Aires, Paidós, (2002, 12).

interpretarse como una expresión de la globalización. Un simple ejemplo basta para ilustrar esta compenetración. En el 2000, los latinoamericanos que vivían en los Estados Unidos enviaron remesas que ascendieron a la impresionante cifra de US\$17.334 millones. En el caso de México, en el 2001 las divisas que enviaron los residentes del país azteca en los Estados Unidos superaron los US\$9.000 millones, cifra equivalente a los ingresos que genera el importante sector turístico del vecino país. Para algunos países la participación de las remesas es comparativamente mucho mayor. En El Salvador equivalen al 48% de sus exportaciones y en promedio para los pequeños países centroamericanos las remesas llegan a representar entre el 8 y el 14% del PIB.

A ello le podemos agregar algo que difícilmente puede ser refutado: Miami se ha convertido en la capital cultural de América Latina. Desde territorio de Estados Unidos se emite igualmente la mayor parte de los canales de televisión por cable que tienen cobertura latinoamericana. Se ha vuelto una costumbre que los principales periódicos de la región inserten un par de páginas del *Wall Street Journal* para destacar las noticias económicas del mundo y de la región que deben interesarnos. Igualmente, podemos preguntarnos dónde termina América Latina, si ante una acelerada transnacionalización de la economía, buena parte de las políticas y los negocios se celebran por fuera de los marcos de la región. “Es hora de analizar con atención –escribe Fernando López Alves– la estrategia de muchas empresas

latinoamericanas que, ante las dificultades de establecer contactos desde los países de origen con nuevos mercados, lo hacen desde Miami. Esto ha sido extremadamente beneficioso; circuitos de comercio difíciles de acceder, como el sudeste y el este de Asia, la India y Africa, son accesibles desde Miami, ciudad que quizás esté llamada a ser en las próximas décadas la plataforma de negocios más importante para América Latina”⁹. Finalmente, un último indicador, para no atiborrarnos de datos: ¿dónde comienza o termina América Latina, cuando tenemos en cuenta que la deuda externa de la región en el 2000 ascendía a los US\$750.000 millones?

Podríamos suponer que, en América Latina el, problema parcialmente se resuelve si optamos por identificar la región con los Estados miembros que la componen. Este procedimiento nos conduce a un falso reduccionismo. Porque con la globalización intensa actual, se ha producido una desvalorización de los Estados no sólo en la conducción económica, sino que también en la creación de los referentes que convocan a la población. Además, esta merma en la cobertura de acción del Estado opera en condiciones en que han surgido múltiples actores étnicos, locales, regionales, nacionales, sectoriales y transnacionales que compiten con el Estado en la representación social y en un contexto en el cual la transnacionalización económica ha transferido numerosos bienes nacionales a empresas extranjeras, las cuales, a diferencia de lo que ocurría antes, no se localizan exclusivamente en los circuitos más dinámicos de la economía, sino que

9 Fernando López-Alves, *Sociedad sin destino ¿América Latina tiene lo que se merece?*, Buenos Aires, Taurus, (2002, 176).

también en la esfera de los servicios, con lo que entran en interacción directa con los ciudadanos–espectadores–consumidores.

En síntesis, todas estas transformaciones que están siendo estimuladas por la actual globalización intensa, tienden a borrar las anteriores fronteras, reales o imaginarias, y convierten a la región en parte de una emergente sociedad global.

Por último, si para intentar resolver el problema, optamos por tomar como marco referencial la experiencia del Viejo Continente y suponemos, lo que es un hecho, que con la integración en torno a la Unión Europea se ha constituido un mecanismo regional para asumir y adaptarse a la globalización intensa, podría pensarse que un proceso análogo en torno a la mítica unidad latinoamericana podría dar lugar a la imbricación de la región con la globalización. Este proceder tampoco resulta muy provechoso. De una parte, porque la mayoría de los acuerdos ha quedado en letra muerta, además de que por su filosofía siempre han sido propuestas de corto vuelo, lo que denota el escaso compromiso que en torno a este tipo de iniciativas ha existido a nivel continental. De la otra, nos encontramos *ad portas* de la puesta en funcionamiento del ALCA, lo que dará lugar a la constitución de una amplia zona de libre comercio de las Américas, con lo que se diluye cualquier intento de pensar en una pretendida unidad latinoamericana.

En síntesis, ninguna de las teorías ni los marcos referenciales usuales que se han popularizado en América Latina sirve para explicar las fallidas experiencias de estos dos

últimos siglos y tampoco existe un claro repertorio que permita especificar en qué consiste América Latina. No obstante estas dificultades, es imperativo desplegar un marco teórico que nos permita aproximarnos al problema en cuestión.

En este punto, resulta imperativo volver sobre los otros dos problemas que enunciábamos en el comienzo de este trabajo: el enfoque y el nivel de análisis, los cuales nos pueden servir para elaborar un marco de comprensión de los cambios que ha revestido América Latina y su relativo fracaso para impulsar un verdadero modelo de desarrollo. Si algo particulariza el desarrollo latinoamericano en los últimos quinientos años consiste en que su destino ha estado indisolublemente asociado a la globalización, en ocasiones como objeto y en otras al mismo tiempo como objeto y sujeto de la misma. En este sentido, se deben abandonar las interpretaciones usuales de la globalización que sugieren que el fenómeno es una expresión estructural y/o circunstancial sólo de nuestro presente más inmediato, y también se deben dejar de lado aquellas lecturas que insinúan que la globalización ha sido un proceso externo al cual la periferia latinoamericana ha tenido que adaptarse. Igualmente se debe abandonar la tendencia a identificar la globalización con un conjunto de factores y/o procesos de naturaleza preferentemente económica. La globalización es multivalente, se localiza dentro y por fuera de nuestra experiencia histórica y tiene, por último, un largo trasfondo histórico, al cual algunos analistas le asignan por lo menos cinco siglos de duración¹⁰.

10 Aldo Ferrer, *Historia de la globalización*, 2 volúmenes, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 1999 y 2000.

En este medio milenio, la evolución latinoamericana ha estado, en ocasiones de modo intenso y en otras de manera fluida, siempre compenetrada con esta dinámica. En este sentido, el problema mayor de América Latina ha consistido en cómo responder de manera adecuada a este proceso y a los sucesivos giros y reorientaciones que la globalización ha tenido en estos últimos cinco siglos. La importancia de visualizar el problema de este ángulo se justifica porque la globalización se realiza a la manera de una “destrucción creadora”, al decir de Schumpeter, que ininterrumpidamente revoluciona las estructuras, creando nuevos elementos. Esta cualidad transformadora es lo que nos permite diferenciarla de otras nociones análogas como la internacionalización, la transnacionalización y la interdependencia. Se asemeja a ella en tanto que alude a una mayor intensificación en los niveles de interacción e intercambios entre actores próximos o a veces distantes, pero se diferencia en la medida en que las hace partícipe de su funcionamiento y porque alude a la creación de una cualidad nueva al transformar los fundamentos que hacen posible el desarrollo de los sistemas modernos, sean económicos, sociales, políticos o culturales.

Para explicar estos dos problemas que hemos identificado de América Latina, es decir, su lugar frente a la globalización y cómo debemos entender la región en las actuales circunstancias, realizaremos una breve exposición de cómo se ha expresado

la interpenetración con la globalización en el transcurso de estos siglos. Generalizando podemos identificar nueve etapas distintivas en la historia de la globalización¹¹. En cada una de ellas precisaremos las particularidades que comportó la respectiva fase y señalaremos la manera y los mecanismos de interpenetración de América Latina con estas tendencias.

La globalización *avant la lettre*. Esta fase, que abarca los siglos XV y XVI, podemos definirla como de preglobalización o de globalización en potencia, dado que fue el periodo en el cual surgieron los factores y las situaciones que hicieron posible el advenimiento de una fase propiamente global en siglos posteriores. Esta primera fase se caracterizó por una intensificación de las interpenetraciones entre los pueblos a partir de las actividades comerciales a larga distancia y de la voluntad expansionista expresada por los grandes Estados de la época. Con base en la fuerza motriz desplegada por el mercado internacional, el epicentro de la globalización se localizó en Europa y los espacios involucrados fueron principalmente el Viejo Continente y América. Fue una época en que comenzó a aparecer una sistematicidad en las interpenetraciones, pero la intensidad y la cobertura de acción de la globalización era todavía laxa. Esto se debió a que el comercio internacional alcanzó una alta rentabilidad, pero no se tradujo en una modificación de la división del trabajo, sino que implicó únicamente la ampliación de las fronteras mercantiles.

11 Para un análisis más extenso y completo de estas fases de la globalización, véase, Hugo Fazio Vengoa, *La globalización en su historia*, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, sede Bogotá, 2002.

En lo que respecta a América Latina, la región se encontró inserta en una dinámica globalizante como objeto, pero no como sujeto de la misma. Vale la pena recordar que las potencias colonialistas en América promovían el mercantilismo, es decir, se proponían la incorporación de las colonias a la respectiva metrópolis, lo que se convirtió en un obstáculo para el desarrollo de la integración intracolonia, ya que España, a través de Sevilla, se reservó el monopolio para relacionarse con las colonias. Este puerto andaluz no sólo tenía la exclusividad en el comercio con las colonias, sino que también era el encargado de recaudar los impuestos, autorizar la migración y autorizar las expediciones¹².

En el ámbito social y cultural, los modos como se gestan los circuitos globalizantes fueron menos intensos y sistemáticos que lo que ocurrió en el plano económico. La migración de ibéricos hacia América (cerca de 250 mil en el siglo XVI) constituyó la forma más evidente de interconexión que se presentaba entre pueblos que hasta hace poco se desconocían. A ello se suma el genocidio de la población nativa de América que se correlaciona con la globalización en la medida en que sirvió de pretexto y motivo para el desplazamiento de millones de esclavos provenientes de África para realizar labores arduas en minas y plantaciones, convirtiendo la migración en la principal interconexión “globalizada” del continente africano con Europa y América.

A nivel propiamente cultural, los principales referentes de esta interconexión se evidenciaron en el conocimiento del “otro” y en la nueva difusión de los credos religiosos cristianos en las regiones recién conquistadas. Es decir, el imaginario de esta interpenetración se llevó a cabo bajo la forma de la occidentalización. El ritmo que alcanzó esta dinámica difiere de lo que acontecía en el plano económico. Mientras en este último, el descubrimiento dio inicio a un nuevo ciclo, en el plano de la cultura la tendencia predominante constituía una prolongación de la cultura europea medieval. La conquista española era, y fue percibida, como una prolongación de la reconquista española de la península ibérica en manos de los moros¹³.

Tal vez uno de los efectos más durables que se hizo sentir de esta naciente interdependencia entre regiones hasta hace poco desconocidas, consistió en la aparición de atisbos de aculturación económica, por ejemplo, el traslado de productos que alteraron las formas de alimentación predominantes en Europa (la papa, el maíz, el café, el azúcar, el cacao), a lo que se sumaron otros tantos productos que transitaban en la dirección opuesta, la aculturación lingüística (la difusión de las lenguas europeas en América), social (apropiación de tradiciones ibéricas), mientras que en el plano propiamente cultural, la tradición se mantuvo y prevaleció sobre la aculturación¹⁴.

12 Tomas E. Skidmore y Peter H. Smith, *Historia contemporánea de América Latina*, Barcelona, Crítica, (1999, 379).

13 Göran Thernborn, “Introduction: The Atlantic Diagonal in the Labyrinths of Modernities and Globalizations” en Göran Thernborn, Editor, *Globalizations and Modernities. Experiences and Perspectives of Europe and Latin America*, Estocolmo, (FRN: 1999, 21).

14 Nathan Wachtel, “Los indios y la conquista española” en Leslie Bethell, Editor, *Historia de América Latina*, Vol. 1 América Latina colonial: la América precolombina y la conquista, Barcelona, Crítica, (1998, 189-191).

Es decir, desde dos ángulos se puede visualizar la interpenetración entre América y la globalización. De un lado, la incorporación de América al naciente sistema mundial fue el principal factor que permitió el despliegue de las tendencias globalizantes durante esta fase. Fue con esta interpenetración que la globalización alcanzó un determinado grado de sistematicidad que permitió el despliegue de los desarrollos ulteriores. De la otra, América quedó inserta como objeto pero quedó privada de la posibilidad de convertirse en un sujeto de la misma, razón por la cual adoptó una posición más bien periférica y careció de poder para convertir la globalización en un pilar para ejecutar el desarrollo.

La globalización territorializada.

Esta segunda etapa, abarcó los siglos XVII y XVIII, y tuvo como escenario principal a Europa. Durante esta fase se asistió a cambios de naturaleza más cualitativa, por lo cual se mantuvo el nivel de interpenetración alcanzado en la etapa anterior, pero el centro de gravedad se desplazó hacia esferas que se convirtieron en un complemento de la dinámica previa. En estos años, la característica principal que asumió la globalización consistió en adoptar una dimensión territorial a través de la construcción de los Estados-naciones, proceso que dio lugar al nacimiento de factores de uniformización y unificación de los individuos en las nuevas dimensiones espacio-temporales nacionales. De ahí que el dinamismo en esta fase recayera en los factores políticos y culturales que permitían la constitución de estos ambientes nacionales. Esta “nacionalización” y

territorialización de la globalización, en ningún caso puede interpretarse como una fase de desglobalización, porque con esta modalidad se presentó un giro radical que permitió una expansión ulterior de las dinámicas globalizantes a nivel internacional. Como señalábamos en un anterior trabajo: los procesos de globalización han asumido una doble dimensión: “desarrollo extravertido, es decir, a través de las múltiples vinculaciones que crea ha ampliado las fronteras de su radio de acción enlazando a un número cada vez mayor de países y regiones y, de la otra, vertical, o sea, se expresa en todos los ámbitos de existencia de la sociedad, a ritmos e intensidades desiguales. Es en este sentido que la globalización es un fenómeno plural que puede ser aprehendido indistinta pero conjuntamente como un proceso que se manifiesta a escala nacional e internacional”¹⁵. La nación se constituyó en una nueva forma que asumieron las tendencias globalizantes debido a que permitió territorializar el dominio espacial y, de esa manera, incorporar otro tipo de actividades lo que a, la postre, le infundió nuevos bríos a las situaciones globalizadoras, creadas en la fase anterior y que se persistieron en esta.

Es decir, si con los descubrimientos se inició un desarrollo extravertido que, a través de la ampliación e intensificación del comercio internacional, enlazaba a numerosos pueblos y regiones y los situaba dentro de unos determinados marcos de interdependencia (dimensión mundial de la globalización), con la consolidación de la nación se dio inicio a un proceso complementario, de tipo vertical, que consistió en transformar los espacios territoriales

15 Hugo Fazio Vengoa, *La globalización: discursos imaginarios y realidades*, Bogotá, Iepri y Cesó-Uniandes, (2001, 89).

nacionales para hacerlos funcionales al desarrollo extravertido de la globalización (dimensión nacional). Como la globalización representa la conformación de un contexto internacional de transformación, la adaptación (transnacional) y territorializada (nacional) de estos espacios dio lugar a un movimiento simbiótico que le confirió sistematicidad tanto el dominio del espacio territorial como a las tendencias de consolidación planetaria de la globalización (desarrollo extravertido).

En esta fase, la posición “pasiva” de América Latina frente a la globalización no fue alterada, sino más bien profundizada. Sin embargo, se asistió a dos cambios que con el tiempo introdujeron grandes transformaciones. El primero fue que las potencias colonialistas, Portugal y España, se mostraron incapaces para articular el comercio, la producción y la acumulación de capital, con lo cual se convirtieron en potencias de segundo orden, lo que ocasionó que la anterior centralidad de que había gozado América Latina quedara desvalorizada. Tanto o más importante fue esta situación debido a que ante la presión de las nuevas potencias emergentes, las metrópolis ibéricas hicieron todo lo posible para cerrar sus territorios y sus dominios coloniales a las influencias extranjeras, lo que se convirtió en un obstáculo para el libre movimiento de las ideas y de las habilidades y no permitió que la riqueza acompañada de estos saberes se tradujese en desarrollo.

De otra parte, en las postrimerías de esta etapa, se pusieron en marcha las reformas borbónicas que ocasionaron un aumento de las exportaciones de la región y una

diversificación de las mismas. Igualmente, estas reformas, las cuales estaban encaminadas a modificar, modernizar las sociedades coloniales y afianzar el poder real, se convirtieron en un sólido impulso para el fortalecimiento de los aparatos de Estado en la América colonial. Este reformismo, asimismo, fue un gran difusor de las ideas ilustradas. La Ilustración facilitó la creación de nuevos referentes de identificación para los individuos. La anterior cultura barroca integrista de origen medieval, promovida por los jesuitas, que había predominado en los dos siglos anteriores y que gravitaba en torno a la evangelización, había dado cabida a la asimilación de las expresiones culturales indígenas, lo que había acentuado el proceso de transculturización. Sin embargo, el hecho de que sus fuentes dimanaran del catolicismo, que en lo que atañe a lo humano se rigiera por preceptos divinos, no permitía que los nuevos segmentos sociales pudiesen crear sus propios mecanismos de referencia. Con las reformas borbónicas esta cultura barroca comenzó a ser sustituida por un pensamiento ilustrado en parte promovido desde el Estado y en otras ocasiones por los variados contactos con el extranjero a que estas reformas indujeron¹⁶. Es decir, en las colonias americanas comienzan a aparecer atisbos de la idea de nación, lo que ponía a tono la situación de la región con la dinámica europea.

La globalización industrializadora.

La tercera fase abarca los años comprendidos entre finales del siglo XVIII y mediados del XIX, periodo en el cual se produce una convergencia entre la dimensión territorializada y la comercial de la globalización a

16 Alfredo Jocelyn-Holt Letelier, *La Independencia de Chile. Tradición, modernización y mito*, Santiago, Planeta/Ariel, 1999.

través del auge de la revolución industrial. Esta fase de la globalización también puede definirse como una expresión en potencia del fenómeno en tanto que la globalización siguió apegada a una dimensión territorial, los vínculos siguieron siendo laxos y episódicos y se carecía de una adecuada sistematicidad en las interpenetraciones.

Si la nación le estaba dando un asidero a nuevas formas de espacialidad, concebidas dentro de determinadas fronteras nacionales, la revolución industrial terminó reorganizando a los individuos para situarlos en un nuevo hábitat acorde con las necesidades y el ritmo impuesto por la industria. Los campesinos fueron completamente despojados de sus comunas y proletarizados, las corporaciones quedaron desarticuladas con lo que los artesanos se pauperizaron y se venció, además, su potencial resistencia, los sectores profesionales (médicos, magistrados, notarios, etc.) se fortalecieron cualitativa y cuantitativamente y las clases pudientes encontraron nuevos nichos de acumulación en los ámbitos productivo, comercial o financiero. Es decir, se crearon nuevas formas de espacialidad consustanciales a las nuevas necesidades que demandaba la industrialización.

Pero el aspecto, sin duda, más innovador fue que las nuevas fuentes industriales requerían de abundantes materias primas y de amplios mercados para la colocación de sus productos. Si durante las fases anteriores las redes comerciales internacionales producían un intercambio de bienes entre las distintas regiones del planeta entre “productos” originados localmente y que sólo de modo tangencial, estaban orientados al mercado mundial, con el surgimiento de las nuevas empresas

industriales se potencia el desarrollo de una división nacional del trabajo, se establece un circuito económico entre aquellas regiones que producen las materias primas y los insumos productivos, los centros industriales que elaboran la nueva producción y los mercados de colocación de la producción a escala. Es decir, dicho en otras palabras, si las anteriores redes mercantiles facilitaban el intercambio, la revolución industrial **integra** el funcionamiento de la economía nacional con las regionales a escala de un mismo ciclo productivo y compenetra así la división interna e internacional del trabajo, lo que le depara un mayor nivel de consistencia y sistematicidad a los intercambios a escala internacional.

La primera revolución industrial elevó a un nuevo estadio las situaciones globalizadoras en tanto que intensificó la unicidad del mercado nacional en las naciones más desarrolladas, mediante la destrucción de las formas de organización tradicionales; compenetró el espacio nacional con el mercado mundial, aceleró los intercambios de productos de acuerdo con los patrones de una división internacional simple (intercambio de manufacturas por materias primas), liberó al mercado de cualquier posible obstáculo para su libre expansión y lo convirtió en la instancia modeladora del conjunto de las relaciones sociales, simplificó la circulación, lo que convierte al espacio en una red de interconexiones, transformó a la técnica y después a la tecnología en el fundamento de la productividad y empezó a ubicar a los individuos en una dimensión temporal unificada, el tiempo mundial.

En América esta fase corresponde con el periodo de la independencia y los primeros años de vida independiente. Si bien la

independencia de América fue motivada por factores circunstanciales, la sincronidad de estos eventos en América con fenómenos tales como la independencia de los Estados Unidos y la Revolución Francesa, creó el imaginario de estar viviendo una misma temporalidad. El tiempo mundial hizo su ingreso en la arena política. La atractividad se convirtió en un factor que retroalimentaba la adecuación de los países latinoamericanos a los patrones imperantes en Europa y en Estados Unidos, porque, como señala E. Álvater, “las sociedades están expuestas al campo de fuerza de “atractores”, cuyo efecto tiene como consecuencia que las muchas trayectorias de desarrollo que existen dentro del sistema mundial se muevan de manera turbulenta sobre una trayectoria específica”¹⁷.

Durante estas décadas, lo “externo” se constituyó en un objetivo a alcanzar, pero los medios que debían hacer realidad este anhelo eran internos. El desarrollo de las ventajas comparativas de que disponían los países latinoamericanos era el principal vehículo para aproximar las sociedades latinoamericanas a los anhelados referentes externos, fuesen franceses, ingleses, norteamericanos o alemanes. En esa época la interpenetración con lo global a partir de la modernidad se encontraba más o menos sólidamente interrelacionada porque en el fondo se arrancaba del presupuesto de que lo “anhelado” sólo era posible mediante el desarrollo de los factores internos, lo que se traducía en una apuesta por la modernización.

Desde el lado de los agentes externos, los mercaderes británicos se precipitaron a

establecerse en importantes puertos como Río de Janeiro, Buenos Aires, Valparaíso y Lima para redireccionar el tráfico comercial latinoamericano con Londres en sustituto de Madrid. De esta manera, las nuevas naciones independientes obtuvieron oportunidades para acceder al mercado internacional de capitales, principalmente el británico, asistieron a una liberalización del comercio exterior, suscribieron acuerdos comerciales preferenciales con Estados Unidos e Inglaterra y procuraron restablecer el sector exportador, el cual se benefició de términos favorables de intercambio. En esta fase, sin embargo, no obstante la importancia de la dimensión externa, el grueso de las actividades económicas se vinculaba con el área no exportadora, por cuanto el sector exportador seguía representando un porcentaje muy pequeño. En un país como Brasil la relación exportaciones PIB apenas superaba el 5%.

En síntesis, durante esta fase, luego de la independencia se produjo una rearticulación de América Latina con la economía y la política mundiales y a través de la atractividad se pretendió “importar” la experiencia de los países más desarrollados, mediante la modernización económica, social y política, para lo cual fue menester inducir el desarrollo de los factores internos.

La globalización internacionalizada.

Con la cuarta fase, que comprende el periodo entre mediados del siglo XIX hasta 1913, se asiste a un cambio cualitativo: debuta la globalización internacionalizada, proceso impulsado por el impacto que tuvo la renovación de los medios de transporte y comunicación que intensificaron las

17 Elmar Alvater y Birgit Mahnkopf, *Los límites de la globalización. Economía, ecología y política de la globalización*, México, siglo XXI Editores, Unam, (2002, 92).

compenetraciones a lo largo y ancho del mundo. Es la época de auge del colonialismo y el imperialismo, del patrón oro como sistema de pago, por lo que el epicentro de la globalización se sitúa en los países más desarrollados de Europa y América, se asiste a una intensificación de las migraciones y es la primera vez que todo el mundo queda involucrado dentro de esta dinámica, sobre todo porque lo “externo” se convierte en una válvula de escape para resolver los problemas internos.

Con el reparto geográfico y territorial del mundo, las políticas de dimensión mundial adquirieron todo su sentido y, aun cuando fuese bajo un ropaje colonial y/o imperialista, prácticamente todo el planeta quedó integrado en torno a los lineamientos políticos de las potencias y de la “regulación” que se desprendía de la economía mundial en proceso de internacionalización. Desde un punto de vista planetario, hasta mediados del siglo XIX, la globalización se identificaban ante todo con lo que Braudel había definido como una economía-mundo, es decir, se refería sólo a un fragmento del planeta, una zona que gozaba de cierta autonomía, capaz de satisfacerse a sí misma y cuyos intercambios le conferían una cierta unidad orgánica. Con la globalización internacionalizada, las economías mundos se articulan para dar lugar al surgimiento de una matriz planetaria.

En esta época la globalización da un salto cualitativo porque dejó de ser un proceso que se realizaba a través de la aceleración de la continua expansión europea y que supuso la emergencia de un nuevo orden de relaciones de dominación y

subordinación entre todas las regiones del mundo¹⁸. Fue así como nació una historia mundial en la época global.

No obstante la gran riqueza de este periodo en acontecimientos regionales e internacionales, el factor que cohesiona y le da un sentido específico a toda esta fase de despliegue de las tendencias globalizadoras fue la sensible renovación en los medios de transporte y comunicación que le dieron un nuevo contenido de sistematicidad a la conformación de los espacios globalizados, entendidos estos como redes interconectadas, que con su desenvolvimiento crean y amplían dichas espacialidades. Con estas innovaciones aparecieron numerosos sistemas de transporte de mercancías y de personas y modernos sistemas de comunicación (telegráfico, noticioso) que posibilitaron el surgimiento de espacialidades diferenciadas, pero siempre en algún punto interconectadas entre sí, que aproximaban a los individuos y a las sociedades en tanto que las personas tenían que asumir una concepción del tiempo, consustancial a estos sistemas, que es lo que a la postre permite que estos espacios puedan funcionar. Por lo tanto, estos sistemas nacidos a partir de estas importantes renovaciones tecnológicas condujeron a una unificación y/o coordinación espacio temporal, elemento consustancial a las nuevas formas que estaba asumiendo la globalización. Con la consolidación de estos espacios (inmateriales pero que constituyen dimensiones en las que se desenvuelven las relaciones sociales), que dan lugar también a una mayor fluidez a la expresión de ideas y bienes simbólicos, se rompió la territorialidad de los mismos que

18 Bright Charles y Geyer Michael, “For a Unified History and the World on the Twentieth Century” en *Radical History Review* N. 39, (1987, 1046).

había sido inherente al desarrollo de la globalización en las etapas inmediatamente anteriores y se acentuó el carácter transformador de este proceso en tanto que aceleró cambios en las distintas comunidades que se adaptan a estas nuevas formas de interdependencia. Fue, sin embargo, una globalización internacionalizada, por el papel central que desempeñaban los Estados, el proteccionismo fue una práctica corriente y porque la interpenetración económica creciente no fue tanto el producto del libre comercio, como el producto de un sensible crecimiento económico¹⁹.

Desde dos ángulos América Latina se interrelaciona con esta dinámica globalizadora. De una parte, siguió siendo objeto de la misma en la medida en que se transformó en una zona de penetración de las potencias centrales y en tanto que participaba en el desplazamiento de los flujos migratorios europeos. En esta fase de expansión de las tendencias globalizantes, América Latina recibió el 40% de las inversiones de las grandes potencias en la periferia. El 50% de los emigrantes europeos entre 1880 y 1915 se desplazaron hacia la región. América Latina igualmente representaba el 30% del comercio mundial de los países de la periferia²⁰. La participación de América Latina en las exportaciones mundiales se incrementó del 4,9% en 1890 al 7,2% en 1913.

Pero también se convirtió en sujeto ya que a través del dinamismo otorgado al

sector exportador y su imbricación en la economía mundial se dio inicio a un proceso de desarrollo guiado por las exportaciones. Se provocó un sensible incremento en la relación entre las exportaciones y el PIB latinoamericano que pasó del 10% en 1850 al 25% en 1914. En algunos países esta proporción era mayor. El comercio exterior llegó a representar el 50% del PIB argentino²¹.

Las exportaciones consistían básicamente en productos primarios y en algunos rubros América Latina llegó a ser un importante exportador a nivel mundial: la región realizaba el 97% de las exportaciones mundiales de nitrato, el 84% del café, el 64% de las carnes, el 43% del maíz, el 42% del cacao y el 50% de los bananos. Este esquema de desarrollo con base en las exportaciones introdujo igualmente una diferenciación de los países latinoamericanos. En unos, las exportaciones se desarrollaron en forma de enclave con pocos eslabonamientos con la economía no exportadora. Esta fue la tendencia prevaleciente en varios de los países de América Central. En otros, las exportaciones ejercieron una atracción sobre el resto de la economía, lo que condujo a que importantes recursos como mano de obra, capitales, etc., fueran sustraídos de los sectores tradicionales para canalizarse hacia el rubro exportador. Este fue, por ejemplo, el caso de Bolivia. El tercer modelo fue, el que Mulmer–Thomas define como transformativo, el cual consistió en que el sector exportador introdujo transformaciones en los

19 Véase, Paul Bairoch, "The constituent economic principles of globalization in historical perspective" en *International Sociology*, Vol. 15, N° 2, junio de 2000.

20 Aldo Ferrer, *De Cristobal Colón a Internet: América Latina y la globalización*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, (1999, 62).

21 Martín Kreuze, "Globalización y crisis" en *Contribuciones*, N° 3, 1998.

demás ámbitos de la sociedad. Este fue prioritariamente el caso de Argentina²². La anteriormente homogénea América Latina se convirtió en un continente en el que las condiciones, oportunidades y posibilidades se tornaron disímiles.

América Latina no hubiera podido dar este salto para convertirse en sujeto de la globalización si no hubiera podido beneficiarse de las grandes innovaciones en los transportes y en las comunicaciones, el ferrocarril y el barco de vapor desempeñaron un gran papel al facilitar la intensificación de los vínculos que unían a estos países con la economía mundial. La reducción en los fletes terrestres y marítimos expandió el comercio exterior, atrajo capital extranjero, creó nuevos eslabonamientos económicos, suscitó la inmigración y permitió el desarrollo.

Esta fue una época en la cual la migración alcanzó cuotas muy elevadas. En el cambio de siglo unos 6 millones de europeos emigraron a América Latina, en condiciones en que las trabas eran mínimas y no se exigían ni pasaportes ni permisos de trabajo. La migración de europeos a América ocasionó grandes cambios, entre ellos las nuevas preferencias de consumo, la difusión de los gustos europeos y la asimilación de nuevos referentes políticos y culturales.

Durante este periodo la anhelada modernidad fue en general entendida como un necesario acoplamiento de la experiencia de nuestros países a los estándares

internacionales, proceso en el cual, debido al internacionalismo de esta fase de la globalización, el dinamismo se desplazó en dirección a lo externo, alimentado además por los acentuados rasgos cosmopolitas de los que se hacían portadores las elites nacionales.

Esto no hubiese sido un obstáculo mayor a no ser porque su mayor imbricación en los circuitos globalizantes tuvo lugar en un contexto en que se tornaron muy activas las estrategias de las grandes potencias en la región y cuando todavía la región se encontraba *ad portas* de resolver el problema nacional. Esto produjo una asimetría entre el desarrollo latinoamericano y el europeo. Mientras estos últimos “resolvieron” el problema nacional durante la fase de la globalización territorializada, en América Latina la intensificación de estas tendencias ocurre paralelo a la definición de los marcos de la nación, lo que se convirtió en un serio obstáculo que entraba la posibilidad de resolver cualquiera de las dos magnas tareas. Ante la insuficiencia de “nación”, el esquema que se adoptó terminó siendo oligárquico y segmentado. Esto quizás explica porqué el esquema adoptado terminó siendo eminentemente economicista y dejó de lado la participación de otros agentes y redujo el impacto en las otras dimensiones de lo social.

La era de la desglobalización. El quinto periodo se extiende entre los años que separan la primera de la segunda guerra mundial. El común denominador de esta fase consiste en la desglobalización, es decir,

22 Bulmer-Thomas, *La historia económica de América Latina desde la independencia*, México, Fondo de Cultura Económica, (1999, 105-106).

constituyó una etapa en que se revirtieron algunas de las tendencias antes predominantes. Fue la época en que el mundo se fracturó en torno a la Gran Guerra, se estimularon los nacionalismos, se rompió la “unicidad” del sistema mundial con la emergencia del primer Estado socialista, se asistió a la emergencia de autoritarismos extremos, se desencadenó la primera crisis con efectos mundiales, la Gran Depresión de 1929, se propagaron las tesis autárquicas y se presenció una alta inestabilidad política y financiera. Por último, la segunda guerra mundial fue un acontecimiento bisagra que, al tiempo que implicó una profundización de la desglobalización, en la medida en que aceleró al máximo el fraccionamiento entre los países en competencias territorializadas, supuso igualmente un importante cambio de perspectiva. Con las alianzas políticas y militares que se crearon en medio del conflicto y con la conciencia que se alcanzó en torno a la necesidad de dar inicio a un ordenamiento mundial que previniera este tipo de conflictos, se crearon las condiciones para el avance hacia una nueva forma de mundialización.

En América Latina, en algunos casos a partir de la Primera Guerra Mundial, en otros como resultado del impacto de la “Gran Depresión”, pero los más en los años posteriores a la Segunda Guerra Mundial se dio impulso a otro esquema que debía hacer posible el advenimiento de la modernidad. A diferencia de la fase anterior, el énfasis no se manifestó en la importación de los referentes externos, sino en el intento por aplicar aquellos mecanismos –básicamente el industrialismo– que en los países desarrollados habían hecho posible el debut de la sociedad moderna. Lo externo subsiste, pero sólo como referente para interiorizar una experiencia, que en sus

rasgos fundamentales debía partir nuevamente del potenciamiento de factores endógenos.

Durante esta etapa, América Latina, al igual que ocurriera en otras partes del mundo, propendió por reducir los niveles de compenetración con lo global. El único atisbo de interpenetración con lo global se realizó mediante la adaptación a los referentes entonces predominantes, los cuales apuntaban hacia el desarrollo de esquemas nacionales. Fue la época en que se dio inicio a la política de sustitución de importaciones. El instrumento fundamental del nuevo paradigma del desarrollo consistía en la industrialización. La sustitución de importaciones fue una reacción a los cambios que se estaban presentando en la economía mundial y a la imperiosa necesidad de equilibrar la balanza de cambio. Si el contexto internacional contribuyó a legitimar la nueva estrategia, la dinámica política prevaleciente desempeñó un papel en ningún caso menor en la determinación de los nuevos referentes. Fue una época que se caracterizó por el ingreso de vastos sectores sociales a la vida pública. El nuevo esquema debía facilitar esta incorporación.

En estos años, el impacto externo generó desequilibrios que se expresaron en una drástica caída de los ingresos por concepto de exportación, aunado a una severa reducción en los flujos externos de capital, lo que ocasionó además un trastorno interno como producto de la contracción del ingreso fiscal. En la mayoría de los países, la respuesta consistió en el aumento de los aranceles en un momento en que el precio de las importaciones (incluido el costo internacional del transporte) estaba descendiendo, lo que elevó el costo real de las importaciones abruptamente y alentó

una reorientación del gasto hacia los sustitutos internos²³.

Ante la anarquía reinante en el comercio, las finanzas y la política mundiales, el privilegiamiento del desarrollo interno debía permitir involucrar a las distintas capas y clases sociales en una estrategia de desarrollo nacional. Este modelo, no obstante el crecimiento a que indujo, registró tempranamente múltiples deficiencias. La principal fue que no prestó la adecuada atención al desarrollo del sector exportador y, en razón de ello, se tornó muy sensible a las fluctuaciones que se presentaban en el comercio internacional. “Fue un modelo que por un lado pretendía superar los viejos problemas de las economías latino-americanas, pero por otro lado, al enfatizar el mercado interno y la satisfacción de la demanda interna descuidó el desarrollo exportador y las inversiones en los mismos sectores primarios que eran la columna vertebral de las economías. Se creó, entonces, una nueva vulnerabilidad. Porque ahora los sectores industriales dependían fuertemente de las importaciones de bienes de capital y de bienes intermedios que no se podían obtener al ritmo necesario, por el lento crecimiento de las exportaciones, que debían financiar esas importaciones. Este era un sistema que sufría permanentemente crisis de balanzas de pago, que imponían devaluaciones traumáticas, con fuertes aceleraciones de los procesos inflacionarios”²⁴. De otra parte, con contadas excepciones, fue un modelo que puso tanto énfasis en el desarrollo industrial que no sólo

descuidó el sector exportador, sino que desatendió el campo y la esfera de los servicios.

La globalización mundializada. A finales de la segunda guerra mundial se inicia una nueva fase que se extiende hasta finales de la década de 1960, periodo caracterizado por el despliegue de una particular forma de globalización política (la guerra fría) y de reconstrucción de los fundamentos de la globalización económica, bajo una fórmula mundializada, debido a la competición intersistémica (socialismo versus capitalismo), el papel de las organizaciones multilaterales y el despliegue de las empresas transnacionales. Definimos esta fase de la globalización como mundializada, por su apego a lo territorial pero en una dimensión planetaria, y por el predominio de esquemas tradicionales de ejercicio del poder económico y político.

Las actividades y la presencia internacional desplegadas por las dos grandes potencias de aquel entonces, pueden considerarse como representativas de una primera condensación de situaciones globalizadoras en la medida en que estas acciones le dieron una gravitación mundial al referente Este-Oeste, como eje ordenador de la vida internacional, sobrepusieron esta dinámica global por sobre los otros componentes del sistema internacional y convirtieron las fricciones ideológicas en fuente de conflicto. Pero más importante aún fue el hecho de que por la gravitación de este referente y el poder de que disponían

23 Leslie Bethell, editor, *Historia de América Latina*, vol. 11, Economía y sociedad desde 1930, Barcelona, Crítica y Cambridge University Press, (1997, 18).

24 Oscar Muñoz, Políticas de fomento productivo, en James Gerber et al, Inserción económica internacional de América Latina, Santiago, FLACSO Chile, (2000, 64).

estas potencias para acabar con la vida humana sobre el planeta, la guerra fría se convirtió en un referente globalizado, que recompuso y readecuó los distintos espacios políticos y económicos de acuerdo a sus propuestas y colocó al mundo, o por lo menos a las clases dirigentes de todo el orbe, a tono con los tiempos de la guerra fría.

Segundo, fue voluntad de los grandes Estados y particularmente de los Estados Unidos impulsar nuevamente el despliegue de las tendencias liberalizantes en la economía, razón por la cual se llegó a importantes consensos en torno a la necesidad de crear una serie de organismos e instituciones multilaterales, con el ánimo de crear marcos adecuados para la puesta en funcionamiento de los esquemas de liberalización. Con base en esta filosofía liberalizante pregonada a los cuatro vientos por los gobernantes estadounidenses se crearon el Fondo Monetario Internacional (FMI), con la función de asegurar la estabilidad monetaria en una economía abierta, y el Banco Mundial, instituciones que, actuando siempre al ritmo de las intenciones estadounidenses con momentos de bajo y alto perfil, entraron, sobre todo a partir de la década de los años setenta, a desempeñar un importante papel en la recomposición de la economía mundial, con la liberalización del comercio y de las finanzas y la condicionalidad de las políticas de ajuste. Pero la institución más importante en el ejercicio de la hegemonía de los Estados Unidos en el ámbito económico durante estos años fue el Acuerdo General sobre Tarifas y Aranceles (GATT) que asumió la tarea de orientar la liberalización comercial. No fue casualidad, por lo tanto, que en esta época de liderazgo estadounidense en buena parte del planeta se alcanzaran niveles de liberación comercial

multilateral, organizados en torno a las rondas del GATT, muy superiores a las de cualquier otro periodo en la historia.

En el plano económico, la tendencia predominante en este periodo consistió en la puesta en marcha de modelos de desarrollo en el norte, el este y en el sur, sólo parcialmente vinculados con las tendencias mundializadoras en la economía. Directamente estos modelos no significaron un estímulo a las tendencias transnacionales en la economía, debido a que por su orientación hacia un crecimiento económico interno no se encaminaba a acelerar la integración de las economías nacionales en una economía mundial. Indirectamente, sin embargo, las altas tasas de crecimiento registradas por estas economías posibilitaron la recomposición de los flujos transnacionales.

Durante la época de la guerra fría, América Latina no fue una zona de fractura o de alta tensión, característica que sí compartieron Asia, Africa y el Medio Oriente, regiones que se convirtieron en importantes escenarios del conflicto bipolar, con lo cual quedaron involucradas dentro de la dinámica política global. Esto, sin embargo, no debe interpretarse como si nuestra región hubiese quedado al margen de los circuitos globalizados estructurados a partir del esquema de la guerra fría. Con la excepción de la díscola Cuba y de algunos gobiernos en la región, el alineamiento con los Estados Unidos fue el principal recurso empleado por los países latinoamericanos para asumir esta particular forma de política. Las olas de regímenes autoritarios, civiles o militares, fueron su evidente corolario. “La Coalición de la Guerra Fría –escribe Joan Garces– no reconoció nunca a los Estados latinoamericanos el derecho

de decidir su política exterior. Ni la interior, en la medida que no se subordinara a los objetivos de la Guerra Fría. Aunque formalmente se les reconocía su independencia política, en los hechos no”. Un documento del Consejo de Seguridad Nacional del 18 de agosto de 1954 precisaba: “El objetivo de los Estados Unidos respecto de América Latina es, en primer lugar, la solidaridad hemisférica en respaldo a nuestras políticas mundiales, en especial en la ONU y en otras organizaciones internacionales”²⁵.

Pero si en lo político los países latinoamericanos se globalizaron, se adaptaron al entonces prevaleciente tiempo mundial, en el plano económico la balanza se inclinó en el sentido contrario. Las generalizadas políticas de sustitución de importaciones, salvo contados casos, como algunos pequeños Estados de Centroamérica, fueron las estrategias más difundidas para potenciar el desarrollo básicamente dentro de los confines nacionales. Es decir, América Latina en lo económico se sincronizó en ese entonces con las tendencias predominantes en el sur, el este y el norte desarrollado, donde predominaban los desarrollismos, los socialismos en sus diferentes versiones y el fordismo, sucesivamente. La sincronización se hizo aún más evidente cuando todos estos esquemas de desarrollo entraron simultáneamente en crisis, situación que durante la década de los setenta pudo dilatarse por la gran oferta de recursos financieros de que disponían los agentes del sistema financiero mundial. Cuando finalmente estalló la crisis de la deuda

externa se eliminó de raíz cualquier posibilidad de mantener el espíritu del desarrollismo. Fue entonces cuando se asistió a una nueva sincronización. En el este, el sur y el norte se propendió por esquemas que favorecían el desarrollo externo en el cual un papel cada vez más importante recaía en las exportaciones y en la imbricación con los circuitos económicos globales.

Sin embargo, en esta fase se produjo una gran disfuncionalidad entre el modelo de sustitución de importaciones que alcanzaba su zenit en América Latina y el crecimiento que registraban las tendencias globalizantes en la economía. En estos años el comercio internacional registró un elevado crecimiento: entre 1948 y 1973 se incrementó en un 9,7% promedio anual. Pero el apego a los esquemas de desarrollo nacional inhibió la posibilidad de sacar provecho de esta inusitada expansión del comercio mundial. América Latina se mantuvo adherida a la exportación de materias primas, sector que si bien registró un incremento entre 1950 y 1973, fue menor que el promedio del comercio mundial. “América Latina, con 6,5% de la población del mundo, tenía 13,5% de las exportaciones mundiales en 1946, pero esta cifra se había reducido a menos del 10% en 1955 y a 7% en 1960. De hecho, la participación de la región en las exportaciones mundiales había caído por debajo de su participación en la población, acaso por primera vez desde la independencia. Como la participación latinoamericana en las importaciones mundiales iba en declive similar, la región estaba cada vez más divorciada del sistema

25 Joan Garcés, *Soberanos e intervenidos. Chile, la guerra fría y después*, Santiago, Ediciones Bat, (1995, 17).

comercial internacional”²⁶. El cambio, en el fondo, consistió en que si en el periodo de entreguerras las dos terceras partes de los bienes que se intercambiaban en el comercio mundial estaba conformado por productos primarios, la globalización económica mundializada de esta nueva fase condujo a que las dos terceras partes del comercio mundial estuvieran conformadas por el rubro manufacturero, lo que entrañó una pérdida cualitativa y cuantitativa de la participación de América Latina en la economía mundial.

Es decir, en alto grado, la parcial desvinculación de América Latina en los flujos comerciales mundiales, obedeció a la concentración en la colocación de productos primarios que registraron una pérdida de participación en la economía mundial. Esta pérdida de oportunidad contrasta con la experiencia que siguieron varias naciones del sudeste asiático, las cuales desarrollaron sectores industriales encaminados a la exportación. Ahora bien, “la experiencia histórica demostró que los países exitosos o ganadores cumplieron dos condiciones. Por una parte, se vincularon estrechamente con su contexto externo. Por la otra, fundaron su desarrollo e inserción internacional en la integración del mercado interno y la movilización de los recursos propios. Dicho de otro modo, todos los países ganadores fundaron su desarrollo en sistemas de capitalismo nacional autocentrado en los mercados internos y los recursos propios, en el comando del proceso por los grupos hegemónicos internos y en la proyección al mercado mundial”²⁷.

Es decir, la diferencia entre los países del sudeste asiático y América Latina consistió en que mientras los primeros dispusieron de un sector manufacturero orientado hacia la exportación que permitió aumentar el ahorro interno y crear mejores condiciones para la inversión, y con su interpenetración con la economía mundial pudo producir divisas suficientes para adquirir sus materias primas y cubrir sus endeudamientos complementarios, en América Latina, por el contrario, al carecer de un sector tal, siguió dependiendo de sus volátiles exportaciones tradicionales, del aleatorio precio de sus materias primas y del endeudamiento externo²⁸.

América Latina, en síntesis, siguió inscrita en un esquema que había sido propio de la fase anterior y en razón de ello no supo interactuar con las tendencias que empezaban a predominar. La gravedad de esta asincronía de la región con las tendencias mundiales consistió en que se presentaba una disfuncionalidad entre la conservación de un esquema “nacional” en condiciones en que en el mundo se intensificaban las tendencias globalizantes. Ello no sólo significó una pérdida de oportunidades, sino también se tradujo en una sensible presión externa que inviabilizó el modelo “nacional” de desarrollo y comenzó a erosionar desde fuera y desde dentro las sociedades latinoamericanas. El desvertebramiento de estos esquemas nacionales condujo a la ola autoritaria como mecanismo para resolver la ausencia de legitimidad y a la crisis de la deuda externa, dado que la única forma de mantener el

26 Víctor Bulmer-Thomas, *Op cit.*, 314.

27 Aldo Ferrer, *El capitalismo argentino*, Buenos aires, FCE, (1998, 34).

28 Guillermo Becker, *México ¿tiene salida?*, México, FCE, (1999, 44).

esquema imperante consistía en la masiva adquisición de empréstitos por parte de los agentes públicos y privados en el mercado internacional. El autoritarismo y la crisis de la deuda fueron el corolario del desgaste del modelo. Igualmente importante fue que en las nuevas coordenadas de la guerra fría y de la mundialización económica, se debilitaban los referentes para hacer posible el desarrollo dentro de una perspectiva eminentemente nacional. De ahí que sus objetivos no se cumplieran. El desarrollo estado céntrico de la mayoría de los países de la región produjo también un desarrollo hipertrofiado del Estado, cuya participación en PIB aumentó de manera exponencial, en condiciones de una deficiente calidad de su participación en la generación de recursos para el crecimiento económico y la armonía social.

Ni siquiera los intentos de dar lugar a la conformación de esquemas de integración pudieron paliar la crisis que se avecinaba. Consecuente con el modelo de industrialización por sustitución, en América Latina se dio impulso a la integración económica a través de la eliminación de las barreras al comercio y a la inversión entre los países que suscribían los acuerdos, se establecían mecanismos de protección contra terceros países, se regulaba la inversión, todo ello dentro de un esquema de planificación e intervención estatal. Sin embargo, hacia finales de la década de los sesenta estos esquemas evidenciaban síntomas de agotamiento, debido a la tendencia al proteccionismo nacional, el interés del sector privado de seguir bajo el paraguas protector del Estado, la inestabilidad macroeconómica y la ola de gobiernos autoritarios²⁹.

La globalización globalizada. Una nueva fase abarca el periodo comprendido entre la década de 1970 y la caída del muro de Berlín, periodo en el cual se asiste a profundos cambios económicos (tercera revolución industrial, posfordismo o acumulación flexible, intensificación de la globalización financiera), políticos (erosión de los referentes de la guerra fría, interdependencia), sociales (declive de clases tradicionales –obreros y campesinos–, flexibilización laboral), culturales (aparición de referentes culturales mundiales, revolución en los medios de comunicación) y discursivos (neoliberalismo). Es una época de intensa globalización, pero con manifestaciones dispares en los distintos ámbitos.

Esta fue una época en que aparecieron importantes segmentos transnacionales consolidados en la economía mundial que rompieron con la unicidad de los espacios económicos nacionales, que sólo tangencialmente entraban en contacto entre sí a través de las actividades comerciales internacionales. Además de la gran movilidad que el fin de la convertibilidad del dólar y las crisis del petróleo le imprimieron a los flujos financieros, que dieron origen a la aparición de circuitos monetarios transnacionales, la flexibilización de la producción inauguró espacialidades diferenciadas para el funcionamiento de las empresas. Dos son los cambios más importantes que se presentan en este plano: de una parte, la aparición y consolidación de nuevas espacialidades en el funcionamiento de la economía. Además de los tradicionales espacios locales, nacionales y mundiales se consolida un ambiente

29 Banco Interamericano de Desarrollo, *Más allá de las fronteras. El nuevo regionalismo en América Latina*, Washington, BID, 2002.

macrorregional (que involucra a países colindantes o a zonas fronterizas al margen de la actividad de los Estados). De la otra, se produce una interpenetración entre estas espacialidades que poca relación guarda con una configuración de tipo piramidal. Más bien constituyen una compleja red de espacios que se interrelacionan de acuerdo con la lógica de funcionamiento de la economía de mercado.

De esta dinámica que asume la economía mundial en su fase actual, conviene resaltar un par de elementos que establecen una marcada diferencia con la tendencia que el capitalismo había asumido prácticamente desde sus orígenes. Si desde la constitución territorializada de las naciones se intentó homogeneizar los espacios nacionales que, en lo económico, debía dar lugar a la conformación de una espacialidad única, las tendencias que se empiezan a traslucir marcadamente a partir de esta fase al constituir redes espaciales de interacción económica, es que se libera a la región y a la localidad del manto homogenizador de la nación, lo que les abre perspectivas de desarrollo al margen e incluso a veces en contravía de la “voluntad” de la misma nación y las inserta dentro de la dinámica mundial. Esto obedece básicamente a dos motivos: de una parte, constituye la constatación de que así como no existen los Estados naciones uniformes, tampoco existen los espacios nacionales homogenizados y, de la otra, que la globalización económica se realiza no tanto a partir de espacios nacionales, aun cuando existan países, Estados y sobre todo gobiernos que desempeñan un papel de primer orden en la conformación de estas nuevas tendencias, sino de polos transnacionales que se articulan en una dimensión global.

En resumidas cuentas, las décadas de los años setenta y ochenta constituyen un momento crucial en la historia de la globalización. En sí, antes de esta fase, la globalización existía como una serie de circuitos débilmente intercomunicados, con espasmódicas situaciones de mayor interacción, sucedido por otros largos períodos de aquietamiento de las tendencias globalizadoras, cuando no de reflujos de las mismas. Lo que le asigna una importancia crucial a este periodo consiste en la profundidad de los cambios que se presentan en los distintos ámbitos, la importancia que comienza a adquirir el liberalizado mercado para intensificar la interdependencia entre los pueblos y para reconstruir el tejido social, cultural y político de las sociedades y la sincronización de estas tendencias que se retroalimentan mutuamente. Si en ese entonces no se consolidó un imaginario de que se estaba asistiendo a una nueva etapa en la globalización, fue porque aún subsistían factores opuestos que potencialmente todavía estaban latentes y porque se creía que aun cuando la guerra fría se había debilitado enormemente, todavía las potencias gozaban de la capacidad para recomponer el mundo de acuerdo a sus designios.

América Latina no fue ajena a estos procesos. Como lo señalábamos, su deficiente inserción en la etapa previa condujo a una profunda crisis. Durante tres décadas el PIB había crecido a una tasa promedio del 5,5% anual, mientras que el producto per cápita se elevaba al 2,8%. Sin embargo, durante la década de los ochenta, la región logró un crecimiento del producto de sólo el 1,2%. Casi todos los indicadores reflejan este cuadro general de estancamiento y decadencia. La producción manufacturera, por ejemplo, que creció a una tasa

del 6,5% anual entre 1950 y 1981, aumentó sólo el 1,1% entre 1981 y 1990. La inversión interna bruta per cápita descendió de US\$500 en 1980 a US\$310 en 1990. Asimismo, hubo una transferencia de recursos al exterior de 25 mil millones de dólares anuales entre 1982 y 1990, en algunos momentos la tasa de desempleo urbano superó el 20% en varios países y altas tasas de inflación³⁰. No fue extraño que la participación de América Latina en las exportaciones mundiales acusara un abrupto descenso: sólo el 3,9% en 1973.

Es decir, en momentos en que se intensificaban las disímiles tendencias globalizantes en lo económico, cultural, político y social, América Latina se globalizó a través de los procedimientos más perversos: la crisis. Ante el agotamiento del modelo de sustitución y el impacto de la crisis de la deuda, se propició en la región el establecimiento de un nuevo patrón de acumulación y desarrollo, el cual se caracterizó por la adaptación de estas economías a las normas prevalecientes en el capitalismo transnacional. Estas reformas constaron en lo esencial de tres etapas: la primera de ajuste y estabilización, consistió en la aplicación de terapias de *shock*, con las cuales se buscaba producir una estabilidad macroeconómica, reducir la inflación y el déficit fiscal y facilitar la libre actividad del mercado; la segunda, focalizada en profundas transformaciones estructurales, perseguía aumentar la competitividad externa e interna en los mercados de bienes, insumos y financieros,

para lo cual se estimuló la privatización de las empresas públicas, se liberalizó el comercio y el mercado de capitales y se crearon incentivos a la inversión extranjera; la tercera, de consolidación de las reformas y de recuperación de los niveles de inversión, se centró en la profundización de los procesos de privatización, liberalización y desregulación y en una mayor apertura del mercado de capitales³¹. Con estas reformas América Latina no sólo se sincronizó sino que también se adaptó nuevamente a un tiempo y a unas espacialidades globales. El resultado más importante de este cambio en el patrón de acumulación consistió en que se liberalizó el mercado de toda regulación y entró a definir y a participar en la estructuración del conjunto de las relaciones sociales. Será, por lo tanto, a través del mercado, como los individuos, colectivos, grupos sociales y los países de la región entren a interactuar con las tendencias globalizantes.

La sincronización de las tendencias globalizadoras. Por último, con la caída del muro de Berlín al 11 de septiembre de 2001 se asiste a una nueva etapa, la cual se caracteriza por el ulterior despliegue de las tendencias globalizantes, con la única diferencia que se sincronizan y se retroalimentan las unas con las otras. Por esta razón, la importancia mayor que tuvo la caída del muro de Berlín para nuestro presente más inmediato, consistió en que fue el acontecimiento que sincronizó las diversas tendencias globalizadoras que venían desplegándose desde finales de la

30 Leslie Bethell, editor, *Historia de América Latina*, Vol. 11, Economía y sociedad desde 1930, Barcelona, Crítica y Cambridge University Press, (1997, 92).

31 Marcelo Selowsky, "Stages in the Recovery of Latin América's Growth" en *Finance and Development*, junio de (1991, 28-31).

década de los sesenta –la tercera revolución industrial e informática, la intensificación de la globalización económica y financiera, el ocaso de la guerra fría como forma de ordenamiento político de los pueblos, aunado a las profundas transformaciones culturales (nuevos referentes) y sociales (desaparición de la estructura social propia de la sociedad industrial)–, las ubicó en un único movimiento envolvente y las proyectó a través de toda la década de los noventa. Como producto de esta sincronización y del indefectible cierre de un intenso periodo fue que a inicios de la década de los noventa se popularizó la idea de que la globalización era un fenómeno singular, inédito en la historia, o que estaba dando origen a una nueva era en la historia de la humanidad. Lo cierto es que con este acontecimiento se ingresó a una nueva fase en el desarrollo de las tendencias globalizadoras, más intensas, más sistematizadas que las que habían tenido lugar en épocas anteriores y mucho más sincronizadas.

Una de las grandes fortalezas de esta etapa de la globalización ha consistido en que los procesos que desde hace algún tiempo venían desarrollándose y que, en sus diferentes manifestaciones (sociales, económicas, políticas y culturales), convergen en torno al desdibujamiento de las fronteras entre lo interno y lo externo y que fueron refractadas por la caída del muro de Berlín, se toparon con una doctrina, una ideología, que empezaba a ocupar posiciones hegemónicas, el neoliberalismo, que había salido de su anterior enclaustramiento y que se estaba convirtiendo en un discurso que alcanzaba cada vez mayor aceptación a lo largo y ancho de todo el mundo. Este discurso que se adecuaba a

la naturaleza intrínseca de la globalización se convirtió en un elemento que contribuyó a justificar la necesidad de propender hacia una mayor liberalización e integración en el sistema mundial y a una mayor uniformidad de las experiencias de los distintos países para asumir como propias las dinámicas que se están desarrollando en el plano global. Es decir, se ha convertido a la postre en un discurso que se plasma en la realidad, escapa del universo de lo propiamente retórico, para convertirse en una parte constitutiva de la realidad, en tanto que contribuye a asignarle una determinada direccionalidad a las tendencias globalizantes. En razón de ello se asistió a una mercantilización de la globalización y de las relaciones internacionales.

Sin embargo, durante esta fase se ha asistido a un cambio cualitativo que Ulrich Beck, provocadoramente sintetiza en los siguientes términos: el mundo desarrollado dejó de señalarles el camino a los países en desarrollo, pues estos, en varios aspectos, son los que le muestran a los primeros la imagen de su propio futuro. “En el lado positivo, podríamos enumerar características tales como el desarrollo de sociedades multirreligiosas, multiétnicas y multi-culturales, los modelos interculturales (...) En el aspecto negativo, podríamos señalar la extensión del sector informal de la economía y la flexibilización del trabajo, la desregulación legal de grandes sectores de la economía y de las relaciones laborales, la pérdida de legitimidad del Estado, el crecimiento del desempleo y del subempleo, la intervención más enérgica de las corporaciones multinacionales y los elevados índices de violencia y crimen cotidiano”³².

32 Ulrich Beck, *La sociedad del riesgo global*, Madrid, Siglo XXI Editores, (2002, 5).

¿A qué factores obedece esta característica de la globalización intensa actual? En su acepción más general, la globalización alude a un fenómeno multidimensional de comprensión del espacio y del tiempo que ha dado origen a una creciente interconexión entre las sociedades, las culturas, las instituciones y las personas. En efecto, en las tres primeras fases de la globalización en potencia, la interpenetración era unilateral, en tanto que se extendía y conducía desde Europa hacia los demás confines del planeta. Con la globalización internacionalizada se asiste a un cambio de orientación e intensidad: es una época en la que surgen potencias extraeuropeas que le entran a disputar la hegemonía a Europa y es, en ese sentido, que se asiste a la emergencia de una historia propiamente global. Un nuevo momento se vive durante la época de la globalización globalizada, periodo en el cual un conjunto de países en desarrollo empieza a pisarle los talones a las naciones más desarrolladas y no sólo le arrebatan mercados y le disputan el liderazgo tecnológico y organizacional, sino que además, se convierten en referentes para el resto de países en desarrollo.

La etapa que se inaugura con la caída del muro de Berlín profundiza la tendencia antes señalada, llevándola a niveles más elevados de interpenetración. En buena medida, la discusión es si nos encontramos ante una segunda modernidad, una modernidad radicalizada o una posmodernidad tributaria precisamente del hecho de que el mundo se ha globalizado a tal punto que ya no se vislumbra el avance inexorable hacia un mundo cuya pauta viene señalada por los países más desarrollados, pues en el fondo todos los

países, colectivos e individuos comparten “los mismos retos básicos” de esta nueva modernidad. “Situarse firmemente el mundo no occidental dentro del ámbito de una segunda modernidad, y no en la tradición, permite una *pluralización de la modernidad*, puesto que abre un espacio para la conceptualización de las trayectorias divergentes de las modernidades de diferentes partes del mundo”³³. En síntesis, todos los países en distintos grados e intensidades hacen parte de la emergente sociedad mundial.

Esto no sólo debe interpretarse por el hecho de que los países desarrollados dejaron de señalar el camino a las naciones en desarrollo, sino que además, la globalización en esta fase ha implicado que en los marcos referenciales del desarrollo participan equitativamente los países más desarrollados y los en desarrollo. Sólo en esta fase el mundo se ha unificado completamente. Ello nos lleva a suponer que ya no podemos seguir pensando América Latina como una región aparte, sino a través de las innumerables articulaciones que tiene con la sociedad global, en la que esta se convierte en una totalidad de la que América Latina comienza a ser una parte, o por lo menos debe intentar hacerlo.

En América Latina las reformas impulsadas desde las postrimerías de la fase anterior se tradujeron en una severa reducción de los aranceles externos y sirvieron de estímulo para la puesta en marcha de los acuerdos de libre comercio, los cuales, las más de las veces, han sido entendidos y utilizados como factores potenciadores de la internacionalización de

33 *Ibidem*, 4.

las economías nacionales y como mecanismos de adaptación (internalización) a los circuitos de la globalización económica. Estos acuerdos (el regionalismo abierto) se han constituido en una de las formas específicas de cómo América Latina ha pretendido asumir la globalización, en la medida en que estos espacios ampliados de integración comercial se han convertido en procedimientos a través de los cuales se promueve y consolida la reestructuración y se ajusta a estos países con las tendencias mundiales. Es una forma de adecuación a los espacios globalizados en la medida en que introducen un disciplinamiento macro económico y monetario que contribuye a una especie de autonomización de la economía de los poderes públicos. Constituye, por último, un procedimiento que intenta servir de palanca para adecuar todo el espacio económico nacional a la dinámica globalizadora.

De esta manera de insertarse en los circuitos globales se desprende una característica que marca una profunda diferencia de América Latina con respecto a la experiencia de los países del sudeste asiático. Si estos últimos posibilitaron cambios, al tiempo que incidieron en la manera como se estaba reestructurando globalmente el sistema económico mundial, crearon las condiciones para un sensible aumento de sus niveles de inserción internacional. América Latina, en general, tuvo una posición más reactiva frente a desafíos internos y externos, fue menos propositiva, lo que ha derivado en una inserción internacional mucho más débil, frágil y vulnerable frente a las oscilaciones

externas. Esta diferencia se puede evidenciar en la composición de la canasta de exportaciones de unos y de otros. Mientras los primeros participan en los flujos de intercambio de las nuevas manufacturas, América Latina se ha especializado en manufacturas basadas en productos naturales y en industrias tradicionales, intensivas en mano de obra, es decir, exporta productos poco dinámicos y para los cuales, además, existen grandes barreras comerciales en las naciones desarrolladas. Otra disimilitud entre ambas experiencias consiste en que mientras los primeros alcanzan un equilibrio o superávit comercial externo, la mayor parte de los países latinoamericanos acusan un desequilibrio, lo que no sólo ilustra las debilidades del aparato productivo, sino la falta de adaptación a la competitividad internacional en el mercado mundial. En síntesis, en lugar de potenciar una estrategia industrializadora para la exportación, se ha puesto en marcha una “industrialización para la importación”³⁴.

El papel diferenciado que asume cada una de estas regiones en la dinámica global, se puede ilustrar con el sentido que le dan las grandes empresas transnacionales al momento de invertir o deslocalizar parte de su producción en estas regiones. Mientras que las inversiones de las grandes firmas estadounidenses y japonesas en los países de reciente industrialización del Asia Pacífico se orientan fundamentalmente a sacar partido de las facilidades que depara la región para exportar sus productos a todo los mercados del mundo, las compañías transnacionales invierten en América Latina ante todo interesadas en los mercados

34 Antonio Palazuelos Manso, “Introducción a la realidad económica latinoamericana” en Fernando Harto de Vera, Compilador, *América Latina: desarrollo, democracia y globalización*, Madrid, Trama Editorial, (2000, 49).

nacionales o en los ampliados mercados regionales, siendo relativamente débil el nivel de exportaciones hacia el mundo que de ellas se derivan.

Con el nuevo esquema América Latina ha amplificado su vulnerabilidad. Cualquier crisis o síntoma de la misma que se presente en cualquier lugar del planeta inmediatamente genera efectos, si no en toda la región, por lo menos en buena parte de estos países. Así, por ejemplo, cuando estalló la crisis financiera asiática y posteriormente rusa, América Latina se convirtió en el eslabón débil de la cadena mundial de la economía. La desaceleración del crecimiento económico mundial y la caída del precio de los productos de base, la disminución de la demanda en Asia, la competitividad de los productos de exportación de los países asiáticos que optaron por la devaluación, el aumento del costo del financiamiento exterior y la persistencia de un clima de desconfianza en relación con los mercados emergentes constituyeron los principales medios de transmisión de la crisis.

A través de tres situaciones particulares se propagaron los efectos de esta crisis por buena parte de América Latina. La primera se presentó en los países que mantienen un significativo tráfico regular de productos con los países del sudeste asiático (v. gr. Chile con el 30% de sus exportaciones) que se tradujo en una reducción del volumen de exportaciones, una significativa caída de los precios de sus principales productos de colocación en el mercado mundial y en una radical disminución del flujo de capitales. La segunda, que golpeó con dureza a un país como Brasil, se presentó en aquellos países que registraban significativos desequilibrios en su balanza de cuenta

corriente, una moneda sobrevaluada, un elevado déficit fiscal y una considerable reducción de las reservas internacionales, que tenían amplias necesidades de refinanciamiento de sus deudas en condiciones en que se hizo muy evidente un incremento del costo del financiamiento externo, ya que aumentó la desconfianza por parte del capital financiero internacional sobre estos mercados emergentes que prefirieron capear el temporal en los seguros mercados de Estados Unidos y Europa. La tercera consistió en que la devaluación practicada por los países del sudeste asiático aumentó su competitividad en el mercado internacional y sus productos entraron a rivalizar en mejores condiciones con los latinoamericanos en los principales mercados cuando no en la propia América Latina.

Como señalaba en ese entonces Jorge Castañeda en un artículo publicado el 18 de septiembre de 1998 en el periódico madrileño *El País*: “Existen dos razones para mostrar preocupación y escepticismo ante la capacidad del hemisferio para capear la actual tormenta. La mayoría de las naciones de la región empiezan apenas a salir de un doloroso, largo y costoso proceso de reformas económicas, justamente análogas a las que ahora se le quiere recomendar a Rusia y a los países de Asia. El objetivo de las reformas de los ochenta era recuperar el crecimiento y lograr que la región fuera menos vulnerable ante los choques externos que habían destruido en varias ocasiones sus economías, su tejido social y sus regímenes políticos. La lógica principal de las reformas fomentadas durante los últimos quince años consistió en la creación de un amplio y competitivo sector exportador de productos no tradicionales. América Latina debía pros-

perar gracias a sus ventajas comparativas, su IED y la apertura a mercados foráneos”. Sin embargo, este paquete de medidas que debían prevenir las crisis, en estas circunstancias, fueron las mismas que contribuyeron a que la crisis financiera mundial se importara y que la región ingresara en una fase de grandes desórdenes económicos.

Otra característica de este esquema consiste en que como la globalización económica ha sido entendida simplemente como una entronización de las economías nacionales en los flujos de la globalización de la economía a través del fomento de las exportaciones aunado a una imprescindible estabilidad macro económica y sobre todo financiera que permita que la región siga suscitando interés por parte de los inversionistas extranjeros, no se han construido sólidos mecanismos que eslabonen los otros ámbitos de la economía nacional con los circuitos globalizados. De esto ha resultado una profundización de la ya tradicional dualización del espacio económico nacional entre un sector inserto, moderno, que se apropia de las nuevas tecnologías y formas de gestión, y otro tradicional, con otra temporalidad, objetivos y alcances. Dentro de esta estrategia vastos sectores quedan al margen de la dinámica modernizadora, lo que se traduce en la aparición de una economía informal de amplias dimensiones a lo largo y ancho del continente.

Igualmente, no ha habido un discernimiento claro de las disímiles dinámicas globalizantes en los distintos planos y particularmente en los planos productivos, comerciales y financieros. Como esta última es mucho más rápida que las primeras, se produce una situación en la

que la dinámica financiera termina desvirtuando los propósitos que se persiguen en los otros niveles. El masivo ingreso de capitales extranjeros a la región fue un aliciente importante para que América Latina alcanzara elevadas tasas de crecimiento y anhelara dejar definitivamente atrás la “década perdida”. Pero con el tiempo se ha convertido en un factor que ayuda a explicar los deficientes indicadores que se han presentado en algunas variables macroeconómicas. Aclara la sobrevaloración de las monedas nacionales y el encarecimiento de las exportaciones, sobre todo las de mayor valor agregado, lo que ha terminado mermando la posibilidad de transitar hacia una fase exportadora nueva, con una canasta más industrial que en el pasado. La afluencia masiva de capitales extranjeros se ha traducido igualmente en un sensible incremento de las importaciones, lo que aunado a la reducción en las exportaciones, ocasiona un déficit comercial de tipo crónico.

Esta dualización del espacio económico ha profundizado la división de la sociedad entre aquellos segmentos sociales insertos y los excluidos. No es de extrañar por lo tanto que América Latina empiece a registrar los peores índices en cuanto a concentración de la riqueza y aumento de la pobreza. En 1998, 53 millones de latinoamericanos se encontraban subalimentados. De acuerdo con un informe del Banco Interamericano de Desarrollo sobre Chile el 10% de los más ricos reciben ingresos 30 veces superiores al 10% más desfavorecido y que la mitad de la población vive en la pobreza y subempleada, tendencia que en lugar de reducirse ha aumentado en los últimos años.

En el plano político se asiste a un acelerado proceso de desinstitucionalización

de la política, uno de cuyos principales resultados consiste en la propensión por reformar al Estado para convertirlo en un aparato que transfiere parte importante de su soberanía en áreas sensibles pero sin obtener recompensas a cambio, sin maximizar oportunidades, simplemente interesado en constituirse en parte integrante de los circuitos globalizados, con lo cual se invalida cualquier posibilidad de pensar estratégicamente a estos países de cara al futuro y de cara a la misma globalización.

En comparación con otras regiones del planeta, la fórmula latinoamericana de globalización ha sido una de las más perversas. Mientras otras regiones disponen de un espesor político, social y cultural que les permite o bien diseñar activas estrategias de inserción (sudeste asiático), o bien localizar la globalización en sólo determinados circuitos (China o incluso el Medio Oriente con sus evidentes limitaciones), en América Latina hemos tenido la inclinación a imaginar que la globalización es sinónimo de modernidad. De ahí se desprende el falso axioma que nos conduce a un círculo vicioso del cual es imposible salir: para ser globalizados tenemos que ser modernos y para ser modernos tenemos que globalizarnos. Pero no nos detenemos a pensar que la experiencia humana muestra múltiples formas de asumir la globalización y que a América Latina le debería corresponder una. Para llegar a ella no debemos simplemente pretender “globalizarnos”, sino tratar de entender en qué consiste este proceso, cómo nos afecta y cuáles son las oportunidades y desafíos que nos depara. Si en el mundo el tema de la globalización parece encontrarse ya un tanto agotado, en nuestra realidad apenas comienza. Ello quizá se deba a que

ellos ya han entendido en qué consiste, mientras nosotros, por desgracia, seguimos apegados a la resignación.

¿Hacia una nueva globalización política?

El 11 de septiembre ha marcado un punto de inflexión en este proceso. Desde el día del ataque a las torres gemelas al momento actual se ha asistido a una serie de cambios que pueden alterar la manera como venía desplegándose la globalización. Los principales cambios se pueden resumir en los siguientes puntos. Primero, la etapa propiamente neoliberal de la globalización ha comenzado a quedar atrás porque el ataque terrorista acentuó la propensión al riesgo, elemento propio de las sociedades modernas y aumentó las dosis de volatilidad en el mundo en general. Esto no debe interpretarse como un repliegue de la globalización sino que la anterior convergencia ha comenzado a desdibujarse y que la expansión de estas tendencias proseguirá pero dentro de otros referentes. Esta hipótesis la basamos en el hecho de que otra transformación a la cual se está asistiendo consiste en que el Estado comenzará a sustituir a la economía de mercado como elemento organizador de la sociedad. Esto será el resultado de la importancia que están adquiriendo los temas de seguridad que se convierten en nuevos referentes para la actuación nacional e internacional de todos los países. El tercer cambio se expresa en que la anterior proclividad en mercantilizar las relaciones internacionales ha empezado a ser sustituida por una nueva politización de la vida política a escala global, lo que ha redimensionado nuevamente el juego geopolítico en la vida internacional³⁵. El común denominador de estas transformaciones consiste en que se

35 Para un análisis más detallado de estos puntos, véase, Hugo Fazio Vengoa, *El mundo después del 11 de septiembre*, Bogotá, Alfaomega-Iepri, (2002, 121-130).

está avanzando dentro de nuevos presupuestos hacia una nueva forma de globalización de la política.

Todas estas transformaciones han tenido un impacto más o menos grande en América Latina. A nivel de los imaginarios políticos, esta nueva situación internacional ha conducido al desgaste del discurso y de la ilusión que identificaba la entronización de América Latina con la globalización, como el procedimiento a través del cual se estaba dejando atrás el subdesarrollo. Sin embargo, desde la crisis asiática se estaba asistiendo a un desencanto y mayor nerviosismo porque dicha crisis mostró la vulnerabilidad general de la región, a lo que posteriormente se sumaron la prolongada situación recesiva por la que han pasado varios países latinoamericanos y las secuelas del 11 de septiembre de 2001, que demostraron las fragilidades del esquema imperante en la región y pusieron sobre el tapete las dificultades para que la región pueda ingresar nuevamente en una etapa de alto crecimiento. Un analista chileno sintetiza este cambio en el caso del país austral en los siguientes términos: “Cuatro fenómenos son los que caracterizan este cambio que ya está aquí: primero, el paso de una economía en crecimiento acelerado a una economía de bajo crecimiento; segundo, el paso de una democracia sin competencia real a una democracia competitiva; tercero, y producto de lo anterior, el paso de una cultura centrada en la continuidad a una cultura centrada en el cambio; y cuarto, el paso de un mundo y de una región estables, a un entorno internacional y regional caracterizado por la incertidumbre y el temor como efecto del 11.9.01 y la crisis argentina”³⁶.

Esta situación es tanto más compleja ya que la mayor identificación de posiciones entre Estados Unidos y varios países miembros de la Unión Europea se ha traducido, desde un punto de vista geopolítico, en un fortalecimiento del eje atlántico, lo que entraña una ulterior desvalorización de América Latina en el ajedrez mundial, debido a que la región no constituye una zona geoestratégica de importancia que corresponda con los nuevos lineamientos de la política mundial y a que el deslizamiento de la Unión Europea hacia una mayor colaboración con E.U. se traduce en que América Latina pierde margen de actuación para acrecentar su poder negociador frente a los Estados Unidos. Es decir, si en la década de los noventa América Latina perdió significación en la dimensión económica de las relaciones, al despuntar el nuevo milenio se encuentran ante una desvalorizada posición en los asuntos políticos y geopolíticos.

América Latina se encuentra frente a un gran desafío: diseñar propuestas de inserción en lo global. Para ello es menester proyectar adecuados mecanismos de reforzamiento de los factores de competición política (estabilidad), institucionales (Estado de derecho), sociales (calidad de la mano de obra y de los sistemas educativos), administrativos, económicos y culturales.

Esto entraña un cambio radical de actitud de nuestros países de cara a la globalización. De una parte, esto significa resincronizar y redireccionar en un gran movimiento envolvente los Estados, las naciones latinoamericanas y las respectivas sociedades civiles. En segundo lugar, como señala Osvaldo Sunkel, “nuestros países

36 Eugenio Tironi, *El cambio está aquí*, Santiago, La Tercera Mondadori, (2002, 25-26).

están cada vez más incorporados a los circuitos transnacionales de la cultura, el medio ambiente, la tecnología, la economía y la política. Este es un fenómeno inevitable e irreversible de la realidad contemporánea, que presenta ventajas e inconvenientes. Para minimizar las últimas y aprovechar las primeras, nuestros países requieren realizar un esfuerzo mayúsculo con el fin de responder al desafío irrenunciable de participar en una sociedad mundial que se globaliza aceleradamente. Sólo se puede participar ventajosamente con el mundo sobre la base del conocimiento, la calidad, la creatividad, la eficacia, la seriedad y la competitividad en todas nuestras formas internacionales de expresión. Esto requiere un grado excepcional de cohesión, disciplina y cooperación sociales, lo que plantea exigencias de solidaridad e integración social”³⁷.

En tercer lugar, es menester diseñar desarrollos estratégicos a largo plazo. Ello no significa que se deba abandonar nuestra propensión al desarrollo de los recursos naturales, que después de todo sigue siendo nuestra principal ventaja comparativa. Pero esta visión mercantilista se debe completar con una concepción productivista pero igualmente por un esquema que permita que la región asuma el convertirse en sociedades y en economías basadas en el conocimiento. “En las sociedades de conocimiento y de la información en que estamos, nuestros países deben reflexionar y diseñar estrategias que les permitan

posicionarse bien en un escenario que será muy distinto del actual. La próxima década verá un desarrollo muy impresionante en los servicios, en las comunicaciones, en el turismo, en el sector financiero, basado en la incorporación de conocimiento. Tanto los Estados como los líderes empresariales tendrán que hacer opciones respecto de dónde privilegiar las inversiones de capital humano y en conocimiento, si quieren posicionarse adecuadamente para una competencia cada vez más amplia”³⁸.

En síntesis, se puede sostener que la experiencia demuestra que son diferenciados los procedimientos que se pueden emplear para adaptarse y actuar dentro de estas espacialidades. Ahora bien, algo de lo cual deben aprender sobre todo los dirigentes de los países latinoamericanos es que adaptarse con el fin de arraigarse en estos circuitos no significa “importar” lo inherente a lo globalizado, porque eso de por sí simplemente no existe, es vacío, sino que consiste en recurrir a todas las “ventajas comparativas que se tengan” (y cuando de estas se adolece es menester construirlas) de naturaleza económica, social, cultural, política, institucional, e incluso simbólica. América Latina requiere del diseño de estrategias que arranquen de esta necesaria toma de conciencia de que el mundo actual se caracteriza por una intensa penetración entre lo local y lo global. Sólo así podremos dejar atrás esta perversa fórmula de globalizarnos.

☒

37 Osvaldo Sunkel, “La sostenibilidad del desarrollo vigente en América Latina” en *Historia Crítica* N° 20, 2000.

38 Oscar Muñoz, Políticas de fomento productivo, en James Gerber et al, Inserción económica internacional de América Latina, Santiago, FLACSO Chile, (2000, 69).